II

Palabras pronunciadas por el vicepresidente de la Academia Nacional de Letras, Prof. Héctor Balsas, en el acto de inhumación de los restos del académico Héctor Tosar Errecart.

La Academia Nacional de Letras del Uruguay está de duelo. La muerte del académico Héctor Tosar Errecart, ocupante del sillón "Dámaso Antonio Larrañaga", es otro golpe que se le inflige, a pocas semanas de la pérdida del académico Julio C. da Rosa.

Tosar, ingresado el 20 de junio de 1991, fue un músico de relieve internacional. Aunque su especialización dentro del terreno de la cultura distaba de estar cerca de las actividades básicas que la Academia realiza, que son la preservación y difusión de la lengua materna en el país y el estímulo a la labor literaria, él siempre estuvo dispuesto a la colaboración inmediata y al aporte de ideas en pro del fin perseguido por la institución.

Esto fue posible porque, pese a esa distancia señalada, su trabajo personal tenía que ver con otro tipo de manifestación del espíritu que no desentona con la misión que la Academia cumple. No hay que olvidar que la música es una forma más de expresión que tiene el ser humano. Los que están dotados del genio de comunicarse por medio de la música –y Tosar era uno de los elegidos– pueden hacerlo tan bien como con las palabras y pueden comprender, sin titubeos, que lengua y música son dos formas expresivas de dar a conocer el pensamiento y los sentimientos de cada hombre, de cada mujer.

La importancia y trascendencia de Tosar dentro y fuera de fronteras es revelación de que estaba hecho con la pasta de los tocados por esa varita mágica que alguien maneja y que, de tanto en tanto, produce luminarias que dan brillo permanente al medio en que actúan y a quienes asimilan sus enseñanzas. Tosar deja un grupo numeroso de seguidores que bebieron en esa fuente inagotable de saber musical: es un maestro que cumplió con el deber de sembrar sin egoísmos y que, por fortuna, vio cómo los frutos crecían y prosperaban.

En este momento de aflicción, solamente cabe la actitud de aceptar la realidad, adherirse al dolor colectivo y dejar para el futuro las grandes y pequeñas reflexiones que el hecho producirá. De ello surgirá la figura humana e intelectual que Héctor Tosar fue construyendo a lo largo de una vida fecunda en realizaciones positivas y duraderas.

Haya paz en su tumba.